

Los peregrinos que cruzaron el río

Versión de Eesha Sardesai

El hombre se paró al borde del río, mirando con duda el agua azul grisácea. Sus ojos se dirigieron hacia un grupo de canoas maltrechas a unos pocos pasos de distancia. Una profunda inhalación detrás de él le indicó que sus compañeros lo habían alcanzado, y ahora los diez estaban agrupados a la orilla del río, mirando la extensión de agua frente a ellos.

El río era ancho, pero no tanto como para que no pudieran ver la franja de tierra en el otro lado. El hombre —que había venido actuando como una especie de líder del grupo— sacó una brújula de latón de su bolsillo, junto con un mapa desgastado que había doblado en un cuadrado perfecto. Abrió el mapa, frunció el entrecejo, y luego volvió a guardar el mapa en su bolsillo. —Correcto, —dijo. —Necesitamos cruzar este río y llegar al otro lado. Desde allá seguiremos caminando.

Estaban de peregrinaje por la India, visitando muchos lugares sagrados y hermosos. Gran parte de este viaje lo habían hecho a pie, aunque ocasionalmente —como ahora, con estos botes— habían tenido que utilizar otros medios de transporte.

—Vamos, vamos, usaremos esas canoas —dijo el hombre, haciendo un ademán para que el grupo lo siguiera mientras se dirigía a los botes. Pronto, todos se apilaron en sus respectivas canoas y zarparon.

El viaje resultó difícil. El agua estaba agitada en algunos lugares, y no todos tenían habilidad para dirigir una canoa ni para remar. Hubo algunos momentos críticos; no fue poca el agua que les entró a los botes. Y aunque todos los botes emprendieron el cruce relativamente cerca unos de otros, rápidamente se separaron, lo que significó que cada uno llegara a la orilla opuesta en momentos y lugares diferentes.

Todos *pudieron* llegar al otro lado, aunque quedaron esparcidos a lo largo de la orilla del río. Se precipitaron fuera de las canoas, cansados y sin aliento, y con sus ropas empapadas pegadas al cuerpo. Al verse unos a otros, lentamente se movieron para reagruparse.

Cuando estuvieron todos juntos de nuevo, el jefe del grupo sugirió que se contaran para confirmar que todos habían cruzado. Señaló al hombre más cercano a él y dijo: Uno.

Miró a la mujer parada al lado de este hombre. —Dos. Y luego a la mujer al lado de ella. —Tres.

De esta manera, siguió contando hasta que llegó al final del grupo. —Siete, ocho, nueve...”.

Se detuvo. El resto del grupo lo miró sorprendido.

—¿Nueve? —repitió, una mirada de confusión pasó por su rostro. —Pero éramos diez los que salimos de la otra orilla. ¿Cómo puede haber solamente nueve?

Los demás empezaron a mirar alrededor de la orilla del río, que por lo demás estaba desierta, como si esperaran que el décimo miembro de su grupo surgiera de la arena.

Y entonces, con una voz tímida, alguien dijo: Y... ¿si perdimos a alguien en el río?

—Silencio —dijo otro miembro del grupo, una mujer de cabello corto. —Debe haber un error. A ver, déjenme contar. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete... ocho... ¿nueve?

Su voz vaciló al llegar al final de su cuenta. —¿Cómo puede ser? —dijo perpleja.

De esta manera, todos intentaron contar cuántas personas había en el grupo. No obstante, una y otra vez contaron solamente nueve personas. Con cada nuevo intento de conteo fallido, se ponían más nerviosos, se desesperaban más.

Mientras tanto, otra canoa se había acercado suavemente a la orilla, pero los peregrinos estaban muy ocupados con su dilema para darse cuenta. No vieron a la joven mujer bajarse ágilmente del bote, ni al niño que ella traía consigo.

Una vez que la mujer y el niño se orientaron, miraron la escena frente a ellos. Había un grupo de personas señalándose desenfrenadamente entre sí, había un toque de histeria en sus voces mientras contaban repetidamente de uno a nueve.

El niño miró a su madre con curiosidad. — Mamá, ¿qué están haciendo?

— No estoy segura, — dijo lentamente la mujer. — ¿Vamos a preguntarles si necesitan ayuda?

El niño asintió. Su madre lo tomó de la mano y se acercaron al grupo.

— Disculpen — dijo la joven cortésmente — pero, ¿pasa algo?

El líder del grupo se volvió hacia ella. Había marcas rojas en su rostro por haberse tallado con ansiedad.

— Señora, — dijo a la joven mujer — agradezco que desee ayudar, pero temo que nuestro grupo aquí está enfrentando noticias muy malas. Éramos diez los que emprendimos un peregrinaje, y, y bueno, como puede usted ver...". El hombre se movió con impotencia hacia los demás, incapaz de terminar su frase.

Ante esto, el pequeño intervino. — ¡Déjenme hacerlo! — dijo. — Déjenme intentar contar. ¡Sé contar hasta diez!

El hombre claramente no estaba convencido, pero parecía no desear coartar el entusiasmo del niño. Incluyó la cabeza en un gesto de asentimiento.

Los ojos del niño se iluminaron y empezó a contar: Uno... dos... tres... Decía cada número con tono cuidadoso, medido y concentrado, sus ojos moviéndose de una persona a la siguiente.

—Ocho... nueve... ¡diez! —terminó emocionado.

Todos en el grupo lo miraron con sorpresa.

—¿Cómo puede ser? —dijo el líder, volviéndose hacia la madre del niño. —
¿Cómo es que este pequeño ha contado a diez de nosotros, cuando cada uno solamente contamos nueve?

La madre sonrió antes de decir amablemente: Señor, creo que cada uno de ustedes se dejó a sí mismo fuera del conteo.

Esta historia está inspirada en un cuento clásico contado en los textos de la filosofía india del Vedanta.

